

VIEJAS POSTALES DESCONOCIDAS

FAUSTINO DIEZ CAVIÑO

Por Federico Villoch.

LOS «plumíferos» de aquel periodo que demarcan los años de 1887 a 1895, 96, etc., recordaremos siempre con honda simpatía a aquel eúskaro de recio y amplio busto, vez rojiza, barba negra terminada en punta, de eterno buen humor, amigo de todo el mundo, que gozaba fama de poeta fácil y sentido y que se llamaba Faustino Diez Caviño. Sobre todo, los asistentes diarios al teatro Albisu, a su café adjunto y a las corridas de toros que se daban en la Plaza de Regla y en la de la Calzada de la Infanta. Más de una vez ha surgido su nombre en los recuerdos del postalista, con motivo de los trágicos sucesos que se desarrollaban en las provincias vascongadas, durante la reciente guerra civil española; y más también de una vez hemos evocado su Virgen de Begoña, de la que el poeta, ferviente cristiano, era devoto.

Constituían un grupo inseparable Robillot, el popular director y actor cómico de la compañía de Albisu; Inclán, el dueño de la sastrería «La Isla de Yap», de la calle de San Rafael; Paco Cuesta, del almacén de ropa hecha «El Bazar Inglés»; Paco de Oro, repórter y cronista taurómico del periódico «La Unión Constitucional»; y Caviño: algunas veces se les agregaba Ernesto, hermano de Faustino, antítesis en todo, del poeta. Caviño era sobriño carnal, y muy querido, del prócer de la colonia el acaudalado comerciante y agente general aquí en la Habana de la Trasatlántica Española, don Manuel Calvo, hermano de Doña Rosario, la madre del poeta, que residía en la villa de Portugalete, próxima a Bilbao.

**No vayas madre a mirar
cuando triste el sol desmaya
barco que llega a la playa...**

Jamás hizo el inspirado poeta y correcto escritor eúskaro alardes de intransigencia política. Pensaba seguramente que así como ellos los vascos defendían y amaban sus fueros, tenían el mismo derecho los criollos de amar y defender sus libertades. Era amigo y compañero de giras y francachelas de los muchachos de la Acera; sobre todo, de su fraternal casi comprovinciano Saturnino Lastra, que pocos días después de la muerte de Faustino, ocurrida de repente en una casa de huéspedes de la calle del Obispo, el 11 de febrero de 1895, marchó a la manigua, llamado por el Grito de Baire, dado el 24 del propio mes y año. Casi todas las composiciones poéticas de Caviño están dedicadas a alguna importante personalidad cubana: a Montoro, a Enrique José Varona, a Miguel Figueroa, a Pichardo, a Carlos Noreña, etc., y entre sus trabajos escogidos figuran sus preciosos versos libres dedicados «A la Mujer Cubana».



Dirigía Gaviño la revista vasca «Laurac-Bat»; y en el célebre semanario de don Juan Martínez Villergas titulado «Don Circunstancias», llenaba una sección de actualidad con la firma de El A A—el autor anónimo—en la que con soltura y chispa poco comunes hacía el—hoy se llama réclame—juicio de los espectáculos del día. Sus calurosas gacetillas sobre la bella actriz de aquellos tiempos, Fernanda Rusquella, contribuyeron en buena parte al nombre y fama de la artista. En cierta ocasión, y con motivo de una velada que daba la citada artista su beneficio en el teatro Albisu, el poeta criollo Manuel Serafin Pichardo le escribió para que la cantara en unos couplets, una cuarteta que el monstruo de las cien cabezas—y ninguna al cabo—interpretó equivocadamente, siendo causa de que le diera a la artista un «meneo» como no lo había tenido aquella jamás en su larga vida de teatro. Gaviño, al día siguiente, le escribió en el propio couplet, otra cuarteta, diciendo que en su corazón tenía:

**En una mitad a España,
y en otra mitad a Cuba.**

con lo que el monstruo desarrugó el ceño y le tributó a la tiple una ovación formidable, sacando ella entonces a escena a Pichardo y a Gaviño, que fueron ovacionados igualmente.

Durante largo tiempo fué Gaviño gacetillero del periódico de gran circulación «La Unión Constitucional», derrochando en aquella parte del periódico un rico caudal de donosas ocurrencias. La gacetilla era entonces una de las más leídas secciones de la prensa; y en el desempeño de ella se ocuparon acreditadas plumas como las de Casimiro del Monte, a quien siguió su sobrino Antonio; Fernando Costa; Ormaechea; Salvador y Jacobo Domínguez; López Briñas; Gaviño; y el más modesto de todos, un servidor de ustedes. Los reyes magos, en forma de agradecidos y acaudalados comerciantes, llenaban de numerosos y espléndidos regalos, en Pascuas y Noche Buena, la despensa de aquellos gacetilleros; y no es exagerado asegurar que tenían con ellos suministro para todo el resto del año. La gacetilla era una institución. Entonces no había en un periódico más que dos personas de importancia: el director y el gacetillero.

Con el recuerdo de Gaviño viene a la memoria del postalista el de muchas de sus bellas composiciones poéticas; y, sobre todo, el de aquella que titulara «Herencia», y dedicó a su hermano y colega en inspiración Manuel S. Pichardo. Es primordial objeto de estas postales evocar lo bueno y grato de los tiempos idos—que no creemos mejores, desde luego, que los presentes—y los versos de aquel poeta de verdad, sin trucos ni engaños. Merecen esa distinción. Dicción clara y limpia. novedad y trascendencia en el fondo, y elegancia en la forma, eran las virtudes que avaloraban las producciones poéticas de Gaviño. Dicen así los versos a que nos referimos:



3

HERENCIA

Dicen, y con razón, sabios autores,
 que ninguno da más de lo que tiene;
 cada cual muestra bien de donde viene:
 de sapos, sapos; y de flores, flores.
 El hijo es siempre lo que el padre ha sido,
 que al darle vida, en él se ha dilatado...
 ni adelante, ni atrás; el engendrado
 es el engendrador reproducido.

Hay excepciones, meras excepciones,
 por el ambiente, la ocasión o el sino;
 no siempre mata el que nació asesino,
 ni roba el descendiente de ladrones.

Mas, del vil, viene el vil; del bravo, el bravo.
 Y por tan dura ley, a que obedece,
 del látigo al chasquido se estremece
 el nieto libre del abuelo esclavo.

Otra de las producciones poéticas más popularizadas, y que más gustaron, de Gaviño, fué la que escribió con el título de «El Correo»—carta íntima. Entonces el vapor correo que procedente de España llegaba a la Habana cada diez o quince días tenía una importancia excepcional. Hoy llegan todos los días por el mar y el aire vapores y aviones de todas partes; pero entonces la llegada del vapor correo de la Península era el acontecimiento del día. En él venían los Indices del Ministerio de Ultramar, quitando y poniendo empleados de la administración colonial; trayendo remesas de periódicos, revistas y libros, que esperaban con febril curiosidad los intelectuales; y sobre todo, aquella correspondencia familiar que el emigrado aguardaba con todas las ansias de su corazón para saber de la madre, de la esposa, de la novia, del terruño, en fin; e inspirándose en ello escribió Gaviño su carta íntima titulada «El Correo», de la que no podemos resistir a la tentación de reproducir algunas estrofas como éstas:

¡Llegó el correo! ¡Bendito día!
 ¡Con qué impaciencia yo lo esperaba!
 ¡Cuánto tardaba, querida mía!
 ¡Cuánto tardaba!

En los antojos de mis deseos,
 un año, un siglo, fué cada instante,
 hasta que vino por el correo,
 tu carta amante.

¡Y no te rías! Guardo los sellos,
 y el sobre guardo con ansia loca;
 porque, sin duda, se hallaron ellos
 junto a tu boca.

¡Dulces mensajes! ¡Cartas benditas!
 Cuando las leo tu voz escucho;
 yo sólo ansío que me repitas:
 «¡te quiero mucho!».



4

**Con estas líneas mi alma recibe.
Y ¡por el cielo, cumple mi encargo!
¡Quiéreme mucho, mi bien, escribe,
largo, muy largo.**

Apenas vió la luz pública en el semanario «Laurac-Bat», que dirigía Gaviño, esta bellísima composición, se hizo tan popular, que la reprodujeron todos los periódicos, y se recitaba en reuniones y veladas de los círculos e instituciones literarias de mayor importancia. Había entonces una joven poetisa, hija de la ilustre escritora doña Martina Pierra y del conocido educador y jurisconsulto doctor José de Poo, que se llamaba Juanita de Poo, y era una de las más entusiastas admiradoras de Gaviño resultando un encanto oírle recitar los versos «El Correo» del genial poeta eúskaro.

El arte de la recitación que hoy, como si diéramos, se ha puesto al alcance de «todas las fortunas», constituía en aquellos tiempos un don especial del que sólo disfrutaban algunos, muy pocos, iniciados, que casi podían contarse con los dedos de una sola mano. Basábase, no obstante en él, el encanto y la más fina distracción de las reuniones familiares y de las veladas literarias. De aquellos recitadores, figuraban en primera línea, el culto literato Aniceto Valdivia, el príncipe de la clase, al que daba gusto oírle recitar «La Palma-da», del escritor portorriqueño Zeno Gandía; y escogidos fragmentos del teatro clásico español; a Pichardo, que decía con acento impecable «El Idilio», «El Vértigo» y otras composiciones de Núñez de Arce, a quien el poeta villareño rendía pleito homenaje; a Lola Rodríguez de Tió y a su culta hija Patria, que recitaban de modo magistral «El Tren Expreso», las más popularizadas doloras de Campoamor y el canto al «Niágara», de Heredia; Casal, que alternaba con sus versos, los de Verlaine, Mallarmé y otros decadentes, y el «Vaso roto», de Proudhon, en la perfecta traducción de José Antonio Cortina:

**El vaso donde yace esa verbena
de un golpe de abanico fué rajado;
más golpe que por blando no resuena,
apenas dejó el vaso lastimado.**

y todo ello sin ese tono quejumbroso y plañidero que se puso de moda más tarde, sino con el robusto, o viril, o tierno, o de elevación patriótica que las composiciones exigían. Más tarde Rubén Darío y Santos Chocano ofrecieron en el Ateneo recitaciones de su «Marcha Triunfal», el primero, el segundo de «Los caballos de los conquistadores»; y el dulce poeta venezolano Florez encantaba en las visitas recitando sus madrigales y sentidas rimas. Calvo, el brillante primer actor español amenizó una de sus temporadas en el Teatro Nacional con recitaciones, en los entreactos, de parlamentos escogidos de las obras de Marquina, Villaespesa y otros autores; y por último, se inició



3

ya definitivamente como «espectáculo público», la recitación profesional, con el debut en los teatros habaneros de González Marín y de la incomparable Berta Singerman. Repasando los títulos de las composiciones poéticas que citamos, y de otras como «La carta», de Peza, y los nocturnos de Acuña y Silva, puede formarse una idea del fondo espiritual de aquella Habana ochocentista...

Gaviño trae a la mente el recuerdo de una Habana plácida y alegre; ignorantona y feliz; de temporadas de ópera y compañías dramáticas en el viejo Tacón; de alegres charlas en el café de Albisu y en el restaurant El Casino; de bailes de Irijoa; de paseos por la Acera del Louvre; de excursiones nocturnas a la Chorrera; de corridas de toros en las plazas de Infanta y Regla; de cenas bohemias en la bodega de Alonso; de «asaltos» y «noviazgos», de la muchachera en los barrios de Colón, Monserrate, etc.; de bulliciosas redacciones de periódicos sin maquinitas; pero con muchas «plumas»: raro era no encontrar a Gaviño en algunos de estos sitios con su enorme numeante Paragás entre los dedos, y presto a leerle a algún amigo el último de sus sonetos que había escrito aquella mañana, el «Jay Alay»; «A una criolla»; «A mi madre»; o aquel que se hizo célebre y popular, y que le inspiró «El sitio de la Aduana por el Capitán General Excelentísimo Señor Sabas Marín y González», título de película de una película vivida en aquellos tiempos de «chocolates» y «filtraciones». Y vamos con el argumento de la película.

Nuestra Aduana de la Habana tiene ciertos re-sabios, de los que al parecer viene padeciendo, desde que en tiempos de Don Diego Velázquez empezó a funcionar la primera, siglos ha. Mas que departamento recaudador del Fisco, diríase una enorme cocina en la que desde antiguo viénense condimentando succulentas cacerolas de chivo asado. En tiempos de la Colonia, y durante el mando del Capitán General de la Isla, Excmo. Sr. Sabas Marín y González, de 1886 a 1889, se denunció un cargamento de seda y otras mercancías, que osaba «pasar la reja» sin abonar los correspondientes derechos aduanales. «La Lucha», «La Discusión», «El Pueblo», de Reynerí, y demás periódicos opositoristas, pusieron el grito en el cielo; y Faustino Diez Gaviño, haciendo uso de su penna satírica, escribió el siguiente oportunísimo soneto que alcanzó, como es de suponerse, la popularidad más completa. He lo aquí:



6

MORALIDAD

(Fábula Administrativa)

En la Isla del Barril, un gobernante
se sintió tan moral una mañana,
que pretendió moralizar la Aduana
de un día para otro y al instante.
«No ha de quedar aquí ningún tunante
—dijo— a quien yo no zurre la badana,
porque no he de dejar costilla sana
ni a empleado venal ni a comerciante».
Y formando marciales batallones,
gritó: —;Fuera ladrones, y ojo alerta;
que ni uno quede aquí de esos bribones!
La orden cumplióse, si la historia es cierta;
mas dieron en salir tantos ladrones...
que la Isla del Barril quedó desierta.

Téngase en cuenta que se trataba de la Aduana,
como si dejéramos, «descolorida», de aquel entonces;
y de la administración, como es sabido, poco
recomendable de la Colonia...

Gaviño no se las daba de poeta; pero lo era a
pesar suyo. Poeta en sus versos; en su vida y en su
muerte: puesto que expiró inesperadamente de una
congestión cerebral; que no viene siendo al cabo
más que una inspiración en grado superlativo.

Am oct 18/39

